



Vol. 15 No. 1

Marzo de 2012

¿SABES POR QUÉ LA ROPA INTERIOR FEMENINA TIENE ENCAJE? UNA LECTURA PSICOANALÍTICA DEL CONFLICTO ENTRE GÉNEROS Y LA IDENTIDAD FEMENINA

Diana Esther Medina Niembro¹
China American Psychoanalytic Alliance

RESUMEN

Pareciera que actualmente las relaciones de pareja no están funcionando, una parte de este fenómeno se puede atribuir a que el movimiento de liberación femenina ha traído cambios en la estructura tradicional de la pareja que ha requerido de un proceso de adaptación psíquico en lo que significa para cada individuo ser hombre o mujer. Este es un ensayo sobre el papel que juega el imago masculino, o representación interna del varón –consciente o inconsciente– en la construcción de la identidad femenina. Para que una mujer pueda hacer de un hombre su pareja, ha de construir una identidad que le permita saberse y sentirse a sí misma como una unidad independiente, coherente, completa y predominantemente buena, donde el varón sea percibido también como un objeto bueno. Este ensayo incluye una breve revisión de “El reino de las mujeres”, de Ricardo Coler y “Los monólogos de la vagina”, de Eve Ensler; dos obras que nos permiten realizar un análisis de las ideas preconcebidas que mujeres y hombres tenemos sobre la relación de pareja y las

¹ Psicoanalista, egresada del Instituto de Estudios de Posgrado de la Sociedad Psicoanalítica de México, A.C. Actualmente dedicada a la difusión y enseñanza de los principios de la Medicina Mente Cuerpo (Instituto Benson-Henry de Medicina Mente Cuerpo, Harvard Medical School). Miembro de la China American Psychoanalytic Alliance (CAPA) que se dedica a la difusión y enseñanza del Psicoanálisis en China. Práctica privada en psicoterapia psicoanalítica. Ciudad de México. Sitio web: www.liberatumente.mx; Correo electrónico: dmedina.niembro@yahoo.com

falsas expectativas que tenemos unos de otros. Así pues, en este ensayo me permito hacer un recorrido por el proceso de construcción de la identidad de género femenina, en una sociedad donde los paradigmas están cambiando y nos resulta difícil conciliar la autosuficiencia con el deseo de dependencia y amor, como si éstas fueran dos condiciones mutuamente excluyentes y no incluyentes.

Palabras clave: identidad de género, conflicto entre géneros, género y psicoanálisis, feminidad, monólogos de la vagina, feminismo.

DO YOU KNOW WHY WOMEN'S UNDERWEAR HAS GOT LACE? A PSYCHOANALYTIC PERSPECTIVE ON GENDER CONFLICT AND FEMALE IDENTITY

ABSTRACT

Nowadays it seems that couple relationships are out of hand, part of these phenomena can be attributed to the female liberation movement that has brought changes in couples traditional structure, which requires an adaptation process in both female and male psyche as to what it means for every individual to be a man or a woman. This is an essay about the role that the male imago or inner representation of men – conscious or unconscious- play in the construction of female identity. A woman must build an identity that allows her to know and feel herself as a coherent, complete and predominantly good independent unit in order to establish a relationship with a man who also has to be perceived as a good object. A brief review of “The Vagina Monologues” by Eve Ensler and “The Kingdom of Women” by Ricardo Coler allows us to start a thinking process to analyze the preconceived ideas that we have about relationships and the false expectations that we place on one another. This essay makes a revision of the construction process of female gender identity in a society where paradigm is changing and it has become difficult to conceal self sufficiency and autonomy with the desire of dependence and love, as if these two conditions were exclusive of one another and not inclusive.

Key words: gender identity, gender conflict, gender and Psychoanalysis, femininity, vagina monologues, feminism.

*“¿Cómo decirte Hombre que no te necesito?
No puedo cantar a la liberación femenina
si no te canto
y te invito a descubrir liberaciones conmigo”.*
Nueva tesis feminista (fragmento).
Gioconda Belli

INTRODUCCIÓN

Este fragmento del poema de Gioconda Belli, *Nueva tesis feminista*, me parece una hermosa manera de transmitir en palabras sencillas el objetivo de este ensayo. Muchas de las diferencias que existen hoy entre mujeres y hombres tienen que ver con que no sabemos qué esperar el uno del otro, y tenemos ideas románticas preconcebidas que son poco realistas y no dan cuenta de la singularidad de cada persona. Una vez conocí a una mujer que me contó con mucho pesar en su voz que, después de compartir la noche con su pareja, sintió deseos de que la apapachara por lo que le pidió a su novio si la podía abrazar. Se sentó en sus piernas, como solía hacerlo cuando era chiquita con su papá, y se quedó un buen rato abrazando al hombre que amaba. Hasta que de repente él preguntó: ¡¿YAA?! Recuerdo que lo contó con enojo y un dejo de tristeza, él no entendía cómo es que una mujer libre, independiente y soberana –como ella y muchas otras- necesitaba de cariño y apapacho. Como si la autosuficiencia y el amor fuesen mutuamente excluyentes.

El concepto *conflicto entre géneros* se puede describir como las discusiones, enfrentamientos y peleas que suelen caracterizar algunas relaciones entre mujeres y hombres, particularmente las relaciones de pareja. Sin embargo, el término *conflicto* también se puede entender como la coexistencia de pensamientos o afectos contradictorios en el individuo pueden llegar a generar angustia o trastornos de la personalidad -o de la identidad- y, por lo tanto, problemas en la manera en que el individuo se relaciona con los demás. Es decir, el conflicto entre géneros puede entenderse como de carácter intra-psíquico, relacionado con la representación mental que mujeres y hombres guardamos el uno del otro, con lo que esperamos obtener del otro y, cuando no es así, con la

frustración concomitante, la confusión y el temor. Esta situación puede producir inhibiciones para expresar nuestros afectos y deseos, cualesquiera que éstos sean, desde el amor hasta la agresión. Así pues, el conflicto no necesariamente tiene que expresarse de manera franca y abierta en una acción o en una conducta, que en su caso sería un indicador de una posible falla en el control de los impulsos.

Una fuente importante de conflicto es, desde mi perspectiva, lo que esperamos encontrar u obtener de la otra persona. A veces sucede que nos enojamos cuando el otro no adivina nuestros pensamientos. Cuántas veces han escuchado a alguien decir: “es que debería de saberlo”. Como si “tu y yo fuéramos uno mismo” y no dos personas separadas y distintas, con experiencias y modos de pensar diferentes. Es como si esperamos que el otro tuviese la capacidad de la madre omnipotente, de interpretar siempre adecuadamente las expresiones del bebé y satisfacerlas de manera inmediata. La expectativa de que las personas actúen como nosotros creemos que deben de actuar es ciertamente una fuente de constante discusión y conflicto, no sólo en la pareja, sino en la familia, entre padres e hijos, y en todas las relaciones humanas. Parte del desafío de crecer y convertirse en un adulto autosuficiente implica dejar de esperar del otro lo que el otro no te puede dar.

Sin embargo, para poder alcanzar este grado de madurez es necesario haber construido una identidad que le permita al individuo saberse y sentirse a sí mismo, como una unidad independiente, coherente, completa y predominantemente buena. Este es el desafío de la vida, aprender a ser uno mismo, sin importar lo que digan los demás. En este ensayo me permito hacer un recorrido por el proceso de construcción de la identidad femenina, en una sociedad donde los paradigmas están cambiando y nos resulta difícil conciliar, a mujeres y hombres, la autosuficiencia con el deseo de dependencia y amor.

Por otro lado presento una revisión de un hermoso ensayo del argentino Ricardo Coler intitulado “*El reino de las mujeres*” (2005), que nos

brinda la oportunidad de repensar nuestras relaciones de pareja desde una perspectiva de respeto, donde el mundo de la mujer no gira alrededor del hombre, ni viceversa. A continuación presento brevemente una parte de la teoría psicoanalítica con respecto al proceso de construcción de la identidad, y cómo es que interpretamos los acontecimientos del mundo externo de acuerdo con nuestra experiencia interna. Me sirvo de una serie de experiencias de distintas mujeres – incluyendo la mía- que he conocido por mi propia labor como psicoanalista, donde he intentado transmitir lo difícil que es integrar una representación buena del *self* femenino y el importante papel que juega el varón en este proceso. También los *Monólogos de la Vagina* (1998) de Eve Ensler nos aporta un rico material para este propósito. Finalmente me permito hacer algunas consideraciones sobre la discusión académica respecto de la identidad femenina basada en mi propia experiencia como mujer.

Un modelo para pensar.

En *El reino de las mujeres*, Ricardo Coler nos presenta el relato de una sociedad en donde las mujeres están al mando. Es uno de los pocos matriarcados que todavía subsisten en ciertas partes del mundo, la cultura Mosuo que se encuentra en la provincia de Yunnan en territorio de la República Popular China. “Los Mosuo forman una comunidad de unos 25 mil habitantes donde ellas están claramente al mando. Algo así –en palabras de Coler- como el paraíso del movimiento feminista” (Coler, 2005:11). No obstante, lo que a mí me interesa destacar de *El reino de las mujeres* es el manejo que de la sexualidad y la relación de pareja hacen las mujeres y los hombres Mosuo.

En esta comunidad no existe el matrimonio como nosotros lo entendemos, sino que cada uno vive en su casa. Ellas cuentan con habitaciones privadas donde están solas y guardan su intimidad. Sólo permiten entrar a quienes ellas quieren y cuando ellas lo disponen. “Son sitios exclusivos para aquellas que alcanzaron la pubertad” (Coler, 2005:27). Ellos comparten habitaciones comunes en casa de su madre. “Por la noche el hombre visita en su cuarto a la mujer con la que haya arreglado una cita. Al vínculo amoroso lo llaman *axia* o *matrimonio andante*. Xia

significa amantes y en este caso la letra a es un prefijo que indica intimidad” (Coler, 2005:28).

Nada en esta comunidad, como bien señala Coler, coincide con la fantasía occidental de lo que puede ser una sociedad matriarcal: “...las familias viven en el mismo predio y sus miembros no se casan, el cuidado de los ancianos y también el de los niños es un tema que tienen resuelto, todos están a cargo de todos. Los mayores implican un plato más en la mesa y un lugar de privilegio junto al fuego. Los niños juegan en el patio bajo la mirada de madres, abuelas y tíos. Como todos trabajan y la propiedad nunca se divide por herencia, siempre crece. Nadie comienza una nueva vida desde el principio, sólo continúan” (2005:70).

En una sociedad donde no hay esposos ni esposas, las relaciones familiares como nosotros las entendemos no existen. Un hombre entrevistado por Coler dice: “Jamás pensaría que una mujer de otra familia pueda llegar a ser mi familia. Mi madre, mis hermanas, mis hermanos y los niños, los que vivimos en esta casa, son mi familia. Con mujeres puedo relacionarme cuando quiera y las veces que quiera” (Coler, 2005:71).

“La familia matriarcal es incompatible con el matrimonio, todos sus integrantes son consanguíneos. Y la sexualidad... nunca funda un hogar. Para practicarla deben ir fuera de sus límites. Esto les da la libertad de enamorarse sin correr el peligro de que, si les va mal, pierdan amor y familia al mismo tiempo” (Coler, 2005:75). Ahora bien, esto no significa que entre las mujeres Mosuo no exista el deseo de encontrar el amor, simplemente quiere decir que desde su punto de vista “amor y pareja son situaciones incompatibles”. Una joven universitaria refiere: “Para mí, el amor es el único lazo que puede unirme a un hombre. Mi cultura lo permite, sin verme obligada a tener en cuenta otras cosas. No entiendo como mis amigas sacrifican eso pensando como piensan. Se casan para tener una familia. Yo creo, por el contrario, que la mejor manera de tener una familia es, justamente, no casarse” (2005:75). De tal manera que, desde el

entendimiento de Coler, en esta comunidad el temor a quedarse solo, por ejemplo, ni siquiera es un tema a tener en cuenta.

Cuando una mujer Mosuo no está comprometida afectivamente con un hombre, puede pasar la noche con el amigo que quiera y a la siguiente buscarse otro. Sólo cuando se dan cuenta de que además pueden conversar y se interesan en lo que dicen, entonces “ahí hay algo. No sólo es pasarlo bien, es otra cosa” (Coler, 2005:189). Cuando este sentimiento se extiende a través del tiempo y el hombre decide dejar de visitar a otras mujeres, entonces se puede decir que el vínculo ha cambiado de categoría y puede llegar a formalizarse, lo cual significa que el hombre debe visitar el hogar de la mujer con la matriarca presente. Sin embargo esto no implica que se mude de casa, simplemente que hombre y mujer tienen una relación estable. Aunque nunca viven juntos, con la edad, los axias son más duraderos y menos variados.

Ahora bien, si un hombre o una mujer se cansan de su compañero, lo cambian por otro sin que nadie les haga un escándalo. “Es muy difícil que una mujer Mosuo sienta que el mundo se termina si su enamorado la deja. No le es indiferente, pero tampoco es lo único en su vida. El enamorado es alguien a quien no le dedicaron la razón de su existencia”. No esperan sostener con un hombre un diálogo como el que pueden mantener con sus amigas, se abstienen de intentar ser comprendidas. “Es como si no esperaran hallar, en un hombre, otra cosa que lo que encuentran”. De igual forma los celos no tienen donde afianzarse, de hecho los consideran vergonzosos “pues implica la pretensión de ser propiedad del otro” (Coler, 2005: 186).

Así pues las relaciones “furtivas” –como las califica Coler- son las habituales en la aldea. “Una mujer de alrededor de treinta pudo haber superado los cincuenta partenaires y, en algunos casos, si es atractiva, es probable que haya tenido relaciones con todo el grupo de su edad”. “Los Mosuo no tienen la menor intención de hacer coincidir en la misma persona afecto, familia y hogar. La familia, para que perdure, nunca debe estar basada en una pareja. Entienden que eso vuelve al grupo altamente inestable” (Coler, 2005:191).

Identidad y conflicto.

Pero bueno, nosotros estamos en una sociedad occidental y el objetivo de este ensayo es discurrir sobre el conflicto entre géneros. Aunque he de decir que después de leer *El reino de las mujeres* lo primero que pensé es: ¿qué es eso? Me resulta difícil no entender el conflicto de género como producto de la confusión y de la falta de claridad en las relaciones sociales y en la representación interna que cada sujeto –hombre o mujer- tiene de esas relaciones. Una de las cosas que llama la atención del relato de Coler sobre los Mosuo es que aparentemente no hay homosexualidad, lo cual de ser cierto confirma la hipótesis psicoanalítica de que el homosexual no nace, sino que se hace con base en su experiencia de vida desde la temprana infancia. Y también, que en una sociedad donde las pautas de comportamiento están basadas en una ideología coherente y consistente que perdura a lo largo del tiempo, donde los modelos de identificación son estables y no contradictorios, donde la familia de origen representa el grupo de pertenencia y, sobre todo, donde se respeta la intimidad y la sexualidad de cada individuo, la posibilidad de conflicto entre hombres y mujeres es menor en la medida en que ninguna de las partes padecen un trastorno de *identidad de género*.

Dicho lo cual, si nosotros en occidente nos preguntamos sobre la identidad femenina o qué significa ser mujer o sobre las nuevas masculinidades, en una cultura donde se ha generado una disciplina que se ocupa de los estudios de género, ello simplemente es un indicador de la gran confusión en que nosotros vivimos, donde el principal desafío es la construcción de una identidad en una sociedad que nos ofrece modelos contradictorios de identificación dados, entre otras cosas, los referentes culturales del pasado y los nuevos paradigmas que han surgido, producto de diversos movimientos sociales desde la década de los 60s (Montesinos, 2002). Además, vivimos en un ambiente donde los individuos buscan muchas veces abandonar su familia de origen porque ésta es causa de constante conflicto.

Así pues, la capacidad de seguir sintiéndose uno mismo en esta constante sucesión de cambios forma parte de nuestra experiencia emocional, y es de suma importancia para la construcción de un sentimiento de identidad individual. La identidad es lo que nos permite mantener la estabilidad necesaria en diversas circunstancias y a través de todas las transformaciones que forman parte de nuestro mundo en la actualidad (Grinberg, 1993).

Ya en 1965 Erikson señalaba que el estudio de la identidad resulta tan estratégico como lo fue en tiempos de Freud el estudio de la sexualidad, ya que muchos de los acontecimientos sociales de la actualidad son producto del hecho de que el hombre haya podido dominar al mundo sin primero dominarse a sí mismo (Grinberg, 1993).

Desde el punto de vista de la sociología, la identidad es el proceso de socialización que permite a los individuos reconocerse como parte de un grupo o clase específica, considerando que la primera estructura de identidad que los individuos construyen es, precisamente, la de género (Montesinos, 2002). Desde la perspectiva psicoanalítica, el sentimiento de identidad implica la comprensión del self, o del sí mismo, como una entidad organizada y diferenciada, separada y distinta de los demás y del ambiente que la rodea, que tiene continuidad y capacidad de seguir siendo la misma en la sucesión de cambios, y al mismo tiempo adopta características únicas que lo distinguen de todos los demás.

El proceso de construcción de la identidad como se entiende en psicoanálisis es sumamente complejo y trasciende el objetivo de este ensayo, sin embargo me gustaría retomar el planteamiento hecho por León y Rebeca Grinberg (1993) quienes describen el sentimiento de identidad como resultado de un proceso de interacción continua entre tres vínculos de integración: espacial, temporal y social. El primer vínculo -de integración espacial- comprende la relación de las distintas partes del self entre sí, incluyendo al self corporal, que mantiene al self cohesionado e íntegro, permitiendo la comparación y el contraste con los objetos. Se refiere al proceso de separación-individuación que implica la diferenciación self - no self. En este vínculo está incluida la identidad sexual y de género. El segundo vínculo -de integración temporal- se refiere a las distintas representaciones del self

a través del tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas lo cual conlleva al sentimiento de mismidad. “La capacidad de recordarse en el pasado e imaginarse en el futuro hace que el individuo sepa que es el mismo que fue ayer y que será mañana”. El tercer vínculo –de integración social– está dado por “la relación entre aspectos del self y aspectos de los objetos a través de los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva” (Grinberg, 1993:24). Es decir, tiene que ver con los vínculos que se establecen con los objetos del mundo externo, como señala Montesinos (2002), con la pertenencia a un grupo.

Las capacidades que nos permiten crear una significación personal de la experiencia, siguiendo a Chodorow, son la transferencia, la proyección, la introyección y la fantasía inconsciente; éstas son innatas en el ser humano, se desarrollan y se despliegan desde el momento del nacimiento, en un contexto de interacción con otros. La comprensión psicoanalítica de estos procesos surge del encuentro clínico que nos brinda la posibilidad de ver la realidad psíquica expresada en la transferencia. “La investigación psicoanalítica sugiere que las personas se sienten motivadas o impulsadas a crear o interpretar las experiencias externas de maneras que coincidan con sus experiencias, preocupaciones y fantasías internas... a fin de obtener un sentido significativo de la vida y poder manejar los afectos y creencias conscientes e inconscientes que les resultan amenazadores” (Chodorow, 2003:26). Así pues, como señala Bollas, se entiende que nuestra experiencia de la realidad es influenciada por aquellas asociaciones inconscientes provocadas por las condiciones ambientales (Chodorow, 2003).

Como es bien sabido, el primer vínculo significativo que se establece en la vida es con la madre. De acuerdo con Andrés Gaitán, la madre es objeto de dos tipos de vínculo: uno primario, en tanto es el primer objeto de amor, fuente de bienestar, alimento y vida. Este vínculo es pregenital, asexuado y está orientado predominantemente a la supervivencia. El segundo vínculo es edípico genital, diferenciado por género y está orientado predominantemente hacia la procreación. Así pues, “las necesidades instintivas satisfechas por el

primer vínculo con la madre son diferentes a las necesidades relacionadas con la constelación edípica, *estamos hablando de dos objetos diferentes, aunque aparezcan asociados al mismo sujeto real*" (Gaitán, 2006:44): la madre, aunque yo más bien diría, la mujer.

Desde la perspectiva del psicoanálisis kleiniano, el infante participa activamente en la construcción del mundo interno que va a desarrollar y que dará forma al núcleo de su vida psíquica, en tanto los instintos –de vida y de muerte, la sexualidad y la agresión- se expresan siempre en las fantasías que se elaboran respecto de los objetos primarios. Estas fantasías estructuran el mundo interno del sujeto así como la construcción subjetiva que hace de la realidad, es decir, sobre la percepción que tiene del mundo que lo rodea y sobre su relación con ese mundo. Se puede decir entonces que el desarrollo ulterior del niño depende del destino de su relación con la representación interna que se forme de su madre en tanto figura deseada, envidiada y extremadamente poderosa (Temperley, 2000).

“A juicio de Klein, el niño ve a la madre como una cornucopia, como la fuente de lo más deseable, confortador, interesante y provocativo...”. Sin embargo el niño necesita retraer las proyecciones que originalmente producen una percepción escindida de la madre, vista por un lado como figura ideal y por el otro como malvada y persecutoria para poder integrar una representación de objeto predominantemente bueno y susceptible de ser reparado (Temperley, 2000: 172).

Esta es una dinámica que subsiste a lo largo de la vida, mientras el niño va creciendo y enfrenta la exigencia social de separarse de la madre, que si bien es necesaria para la construcción de la identidad, le implica la negación de sus necesidades de dependencia y afecto, y el abandono de la fantasía de control psíquico omnipotente sobre la pareja parental. Así pues, el niño debe aceptar su posición en una situación triangular donde queda al margen de la relación entre sus padres, con reconocimiento de la diferencia sexual y generacional.

La comprensión que nos brinda el psicoanálisis implica que el fenómeno de la transferencia es universal, no se limita al encuentro clínico, y colorea la manera en que le damos sentido a nuestra vida y experiencia. Esto no quiere decir que el

mundo sea una proyección sin una realidad objetiva, sino que el significado que le atribuimos al mundo que nos rodea procede de nuestro interior (Chodorow, 2003).

Experiencias de vida.

Para empezar a escribir sobre la identidad femenina tuve que remontarme a mi propia experiencia, a mi propio proceso de convertirme en mujer. Recordé que cuando era aun más joven, digamos en mis años universitarios, solía disgustarme cuando pasaba enfrente de una construcción y los albañiles me chiflaban y me decían alguna frase como: “güerita, que buena estás” o “mamacita”. Me resultaba francamente ofensivo. Un día llegue a mi análisis personal a quejarme de esta situación y cual fue mi sorpresa cuando mi analista se rió y me dijo que el día que pasara enfrente de una construcción y no me chiflaran, que ese día me preocupara porque eso querría decir que había dejado de ser una mujer atractiva. Guardé silencio. En esa misma sesión me preguntó si yo sabía por qué la ropa interior femenina tenía encaje. La verdad es que nunca lo había pensado. Como estas podría describir varias experiencias, dentro y fuera de mi sesión analítica, que contribuyeron a darme cuenta del temor que tenía de verme a mi misma no como una niña, la pequeña de mamá, sino como una mujer adulta, sexual y atractiva. Estas interpretaciones tienen otro componente que me gustaría señalar, que es el cariñoso y sutil reconocimiento por parte del varón de mi feminidad –mi analista es hombre-.

Hoy, varios años después, puedo decir que en tanto una mujer no tenga integrada una representación de sí misma y de su feminidad en una unidad coherente y *buena*, siempre tendrá conflictos de diversos tipos con el género opuesto. Finalmente, como señala Kimmel, la masculinidad y la feminidad son construcciones relacionales, es decir, nadie puede comprender la construcción social de la masculinidad o de la feminidad sin que la una haga referencia a la otra (Montesinos, 2002). Luego, entonces, cabe preguntar cuál es la relación que una mujer guarda en su mundo interno con respecto

al varón, cuáles son las fantasías subyacentes –generalmente inconscientes- que determinan el modo de relación que ésta establece con los varones. Desde la comprensión que me brinda mi formación y experiencia en psicoanálisis, mientras un sujeto, hombre o mujer, no haya consolidado una identidad individual y de género con la que se sienta a gusto, donde la reivindicación con su deseo personal y forma de pensar sea la que defina su identidad, siempre tendrá problemas en la relación con el género opuesto producto de la confusión y el temor. En este ensayo sin embargo, me limitaré a hablar de la experiencia femenina, de los desafíos que tiene que enfrentar una mujer –en su mundo interno- en el proceso de devenir mujer y madre en estos tiempos.

Desde mi comprensión, una de las características de los últimos años del siglo pasado es que las mujeres, independientemente de su nivel académico y desarrollo profesional, tienen dificultades para encontrar y mantener una relación de pareja satisfactoria tanto para ella como para él. La disyuntiva entre seguir el papel tradicional que se espera de la mujer y la adaptación a los cambios que se han venido dando con el auge del feminismo, enfrenta a la mujer del siglo XXI con la necesidad de integrar un nuevo concepto de feminidad para sentirse bien por el hecho de ser mujer. Por otro lado, también se ve en la necesidad de rescatar –tanto en la fantasía consciente como en la inconsciente- a la figura masculina como un objeto de amor deseable y valorado para poder convertirlo en su pareja.

Fenómenos sociales como la representación teatral de “Monólogos de la Vagina” de Eve Ensler (1998) nos deja ver que hay mucho de que hablar sobre la sexualidad femenina que nada tiene que ver con la tan conocida “envidia del pene”. Ensler llama nuestra atención hacia las más profundas fantasías y temores que guardamos las mujeres respecto de nuestro espacio interno y la dificultad que tradicionalmente hemos tenido para nombrar nuestros genitales en una sociedad patriarcal. En esta obra hablan las generaciones del *ahí abajo*, que eran las palabras pronunciadas siempre en voz baja para referirse a los genitales femeninos. Aún hoy, en los albores del siglo XXI, hay madres liberadas y profesionistas que le enseñan a sus hijas a no tocar sus genitales con la mano cuando se asean en la ducha, sino a utilizar una esponja cuyo uso es exclusivo

para ello. Pareciera que no se dan cuenta que esto implica la idea de que el cuerpo femenino es algo sucio y vergonzoso. ¡Oh si! Actualmente todavía son muchas las mujeres que crecen con está carga en sus espaldas.

Si bien puedo entender que a todas la madres les gustaría que la vagina de sus hijas vistiera “un dispositivo de descarga eléctrica para mantener alejados a los extraños” (Enslar, 2004:38), lo cierto es que esta actitud no contribuye a la integración en la mujer de su experiencia sexual como algo bueno y maravilloso. Aunque también es cierto que a veces no importa cuál sea la actitud de la madre hacia la sexualidad, esta es una experiencia íntima y única para cada mujer, que cada una de nosotras vive de manera distinta y que difícilmente compartimos incluso entre nosotras. Basta leer el monólogo “*Yo tenía doce años. Mi madre me abofeteo*”, donde Enslar relata las diversas experiencias de las mujeres con respecto a la menstruación. Estas son experiencias que, si preguntamos, podemos escuchar de muchas mujeres en nuestro país.

Cuando trabajaba en un centro de salud mental de la ciudad de México, atendí a una mujer de 33 años –a quien llamaré Claudia- con un trastorno ansioso depresivo y dificultades en su relación de pareja. Hablando sobre su historia de vida, le pregunté sobre su primera menstruación y me comentó que ella nunca tuvo información alguna sobre sexualidad, de manera que el día de su menarca se asustó terriblemente ya que empezó a sangrar y no sabía a qué se debía. El día anterior se había caído mientras jugaba golpeándose entre las piernas, por lo que se le ocurrió que el sangrado se debía a este hecho. Corrió con su madre toda angustiada a decirle que estaba sangrando, entonces ésta le pegó una bofetada, y le grito, que de ahora en adelante tenía que cuidarse y no andar de puta en la calle. Conmocionada y sin entender qué era lo que estaba sucediendo, empezó a llorar. Tenía once años de edad. Años más tarde, en su adolescencia, fue violada cuando salía sola de una fiesta, hecho que nunca había compartido con nadie hasta que me lo contó a mí en la primera sesión. Al término de ésta, Claudia me dio las gracias –llorando sorprendida- porque nunca nadie

la había escuchado. En su momento había tratado de contarle este hecho a su madre, quien nuevamente la tacho de puta y no le presto atención. Con el paso de los años esta mujer estableció una relación de pareja con un hombre alcohólico y golpeador.

Los monólogos de la vagina es una obra impresionante porque es la primera vez que escucho de viva voz, pensamientos que han pasado por mi cabeza en algún momento de la vida. Las más íntimas experiencias del ser mujer, desde las más grandiosas hasta las más insignificantes, desde las más maravillosas hasta las más desgarradoras y dolorosas. Experiencias todas que van construyendo nuestra manera de sentir y de pensar, y la forma en que nos vemos a nosotras mismas en relación con los demás.

Un monólogo que me gustaría destacar, que curiosamente no se encuentra en la edición en español de 2004, pero si en la edición original en inglés, es "*Because he liked to look at it*", es decir, "*Porque a él le gustaba mirarla*" (1998:53) donde una mujer nos relata cómo es que ella llevo a amar a su vagina. Ésta es una mujer que odiaba a su vagina, pensaba que era increíblemente fea y la enfermaba... hasta que conoció a Bob. Bob era el tipo más ordinario que había conocido. No le interesaba la ropa interior sexy, no compartía sus sentimientos, no tenía problemas y ni siquiera era alcohólico. No es que le pareciera un hombre particularmente atractivo, pero se acostó con él y entonces el milagro ocurrió. Bob era una amante de las vaginas y sólo entonces supo lo hermosa que era la suya: elegante, profunda, inocente y salvaje. "El se quedó mirando cerca de una hora, como si estuviera estudiando un mapa, observando la luna, mirándome fijamente a los ojos, pero era mi vagina. En la luz, yo veía cómo me miraba, estaba genuinamente excitado, pacífico y eufórico, empecé a mojarme y me excite. Empecé a verme a mi misma como él me veía. Empecé a sentirme hermosa y deliciosa –como una gran cascada-. Bob no tenía miedo. No sentía repulsión. Empecé a sudar, empecé a sentirme orgullosa. Empecé a amar a mi vagina. Y Bob se perdió ahí adentro y yo estaba ahí con él, en mi vagina, y nos venimos" (1998:57).

Este monólogo destaca la importancia que para la mujer tiene el reconocimiento del varón de su sexualidad y de su feminidad como algo maravilloso, sin que ello implique sentimiento alguno de agresión o acoso que haga sentir a la mujer como un objeto sucio y vulnerable. Este es un monólogo que cuando lo leí me hizo recordar aquellas interpretaciones de mi analista donde reconocía, *con amor y respeto*, mi feminidad. Me resulta interesante que, si bien este monólogo es interpretado en el teatro, haya sido eliminado de la edición española del libro, ya que no gira alrededor de la represión, el abuso y el dolor que han sufrido las mujeres a lo largo de la historia. Por el contrario, transmite el goce de la sexualidad femenina en su relación con el varón.

En mi labor como analista he escuchado infinidad de relatos hechos por mujeres de distintos orígenes sociales y culturales con respecto a su sexualidad y el conocimiento de su cuerpo. Mientras trabajé en el centro de salud siempre llamó mi atención cómo por lo menos dos de tres mujeres, relataban una experiencia de acoso o de abuso sexual en la infancia.

Laura, una mujer de 45 años de edad, alta, de complexión robusta, guapa, me dio la impresión de ser lesbiana. No mencionó nada con respecto a su orientación sexual sino hasta la segunda sesión cuando confesó que el motivo de su depresión era que, después de 30 años de casada y dos hijas, se había dado cuenta que se sentía atraída por las mujeres y, peor aún, la mujer que había despertado en ella este sentimiento la había rechazado. Esto la confundía muchísimo y se sentía terriblemente culpable. No entendía porque le gustaban las mujeres, pero le quedaba muy claro que no toleraba la cercanía física con su esposo y que no dormía para evitar el contacto sexual con él durante la noche. Originaria de un pequeño poblado en el sureste del país, Laura relató una serie de experiencias de acoso sexual por parte de tíos y primos en la casa donde vivía: la espiaban por la ventana mientras se cambiaba de ropa, le decían “groserías”, y siempre buscaban rozar su cuerpo con el de ella.

Laura y tres hermanos menores habían quedado al cuidado de una hermana de la madre cuando ésta los abandonó por irse con otro hombre. Años más tarde, la madre regresó por ellos trayéndolos a vivir a la ciudad de México, donde Laura tuvo que lidiar también con las insinuaciones sexuales de la pareja de su madre. Durante este período la madre, que ya había tenido dos hijos más con este hombre, se encontraba nuevamente embarazada. Con cerca de 7 meses de gestación, el hombre la golpeó y la pateó enfrente de sus hijos hasta provocarle el aborto. Laura recogió al feto muerto y lo desmembró para disponer de él por la taza del baño, después limpió el charco de sangre que había dejado la madre y cuidó de ella hasta que se recuperó. Nunca recibió atención médica y, por supuesto, nunca hubo una denuncia.

En la secundaria Laura gustaba del baloncesto, por lo que salía a jugar con sus vecinos para no estar en casa. En una ocasión, cerca de sus 15 años, por alguna razón que hasta el momento ignora, la madre la fue a buscar furiosa, golpeándola y arrastrándola de regreso a casa. Poco tiempo después, también jugando baloncesto, conoció a un hombre 10 años más grande que la llevó aparte, tuvo relaciones sexuales con ella y días después se la llevó para casarse: su actual marido. Un hombre celotípico que en una discusión con Laura le pegó una bofetada –la única- por contestarle. En ese momento ella tomó sus cosas y regresó a su pueblo de origen al lado del único hombre con quien ella se sentía protegida: su padre. Este era un reconocido narcotraficante local ampliamente respetado y temido en el pueblo porque “mataba a sangre fría”, pero a quien la paciente describe como un padre amoroso y protector cuando se trataba de sus hijos. El marido de Laura la fue a buscar al pueblo donde el padre lo amenazó, pistola en mano, con matarlo si volvía a golpear a su hija. Laura regresó a la ciudad de México con su esposo donde vivió una vida de silencioso sometimiento, si bien nunca más ha sido golpeada. Con el paso del tiempo generó un problema de sobre peso y diabetes. Me contaba que cuando veía una película donde un hombre y una mujer gozaban de sus relaciones sexuales, se preguntaba si eso realmente podía ser así ya que ella nunca ha disfrutado de su sexualidad y nunca ha sentido un orgasmo. Tampoco entendía cómo es que su madre había tolerado

tantas agresiones y porque había abandonado a sus hijos por estar con un hombre.

Eventualmente la madre de Laura abandonó a su pareja y regresó a vivir al pueblo de origen donde volvió a establecer otra relación con un hombre igualmente alcohólico y golpeador, con quien vive hasta la fecha. El padre fue detenido y murió en prisión. En todo este relato sólo describió a una persona, una de las hermanas de la madre, que cuidó de ella y sus hermanos brindándoles amor, apoyo y cariño. Esta mujer era “la lesbiana” del pueblo, una mujer que tenía un negocio propio, era independiente, cuidaba de sus sobrinos, tenía una pareja estable. Fue muerta de un tiro por la espalda por el hombre que quería quitarla del camino para quedarse con la pareja de ésta. Laura presenció este acontecimiento.

Durante los primeros meses de tratamiento el discurso de Laura giraba alrededor de su enojo con los hombres y, particularmente, con su madre, con quien le resultaba sumamente difícil poder hablar o verla tan solo, cosa que ésta le recriminaba. Con el paso de los meses pudo compartir con una de sus hermanas el descubrimiento sobre su preferencia sexual; su aceptación y respeto le ayudó a disminuir su culpa con respecto a su homosexualidad. Laura concluyó el año de tratamiento que le ofrecía el centro de salud sintiéndose mejor consigo misma, con una mayor aceptación de su preferencia sexual y con un proyecto de desarrollo personal y profesional que no incluía a su marido.

Después de escuchar historias como la de Laura he llegado a pensar que si mi experiencia de vida en relación con los hombres hubiese sido una donde predominara la agresión y la violencia, probablemente yo también preferiría a las mujeres. En *“Alegato por una cierta anormalidad”* Joyce McDougall nos explica cómo en la mujer homosexual los múltiples deseos y conflictos que cada niña enfrenta en relación con su padre –o en este caso, con los distintos hombres que ocuparon ese rol- se tramitaron renunciando a él como objeto de amor y deseo e, identificándose en lugar de eso, con él. “El resultado es que, una vez más, la madre se convierte en el único objeto

merecedor del amor” (Mc Dougall, 1993:91). La identificación inconsciente con el padre le da un sentimiento de identidad subjetiva, que después utiliza para poner distancia respecto de la imagen materna en sus aspectos más peligrosos y prohibitivos. Los aspectos idealizados, por el contrario, buscan satisfacerse con la partenaire homosexual. No obstante, Laura vivió años de silencioso sometimiento porque en su experiencia encontramos imágenes sádicas aterradoras sobre las relaciones entre un hombre y una mujer, donde no guardó ningún deseo de identificarse con la madre en su rol genital. Al mismo tiempo, reconocer su inconsciente deseo homosexual implicaba en su experiencia poner en riesgo su vida, así que paso 30 años reprimiendo sus sentimientos, cuidando a sus hijas y tolerando a un hombre con el que no disfrutaba, pero que tampoco le significaba una amenaza. Paso 30 años en “stand by”, esperando una nueva experiencia... de vida.

Construyendo una identidad.

A continuación he de explorar, a través de la presentación de otra viñeta clínica, las fantasías inconscientes que intervienen en la elección del objeto de amor y en la integración de la experiencia de ser mujer en una representación valorada del self.

Elina M. Reenkola (1998) en su libro titulado *“The Veiled Female Core”*, considera que las palabras y las acciones de una mujer están más cerca de la experiencia de su cuerpo y de su pulso, que las de los hombres. El ritmo y las sensaciones del cuerpo de una mujer pueden por sí mismos ser satisfactorios para ella, tal es el caso del embarazo, el parto y la lactancia. Estos evitan las palabras y, sin embargo, generan en la mujer un sentimiento de autosuficiencia. Para una niña, los cambios en su cuerpo que vienen con la pubertad suelen ser confusos y generan ansiedad. Es difícil encontrar palabras para describirlos, por lo que las chicas generalmente guardan silencio respecto de los sentimientos que les despierta el inicio de la menstruación o el crecimiento de los senos. De igual manera, es la madre quien decide de qué partes y funciones del cuerpo se puede hablar y de cuales no, ya que generalmente se abstiene de nombrar los cambios y

funciones corporales de la adolescencia. Es difícil para madre e hija compartir estas experiencias de manera verbal, ya que la joven tiende a sentir que la madre se está entrometiendo en algo que no le concierne.

También es cierto, dice Reenkola, que la mujer alza una muralla protectora sobre su experiencia con el deseo de guardar sus más íntimos secretos. La no transparencia es una protección necesaria para el self femenino, especialmente cuando la separación y los límites del sí mismo no son claros. Sólo cuando se ha establecido la diferenciación, el self ya no se siente amenazado para revelar sus más íntimos pensamientos y sentimientos. Para una mujer joven, es necesario proteger su esencia, guardar los secretos del placer y del deseo. La mujer siente que si se abre y revela el centro de su esencia, si muestra la vulnerabilidad de su espacio interior, puede ser destruida. Así pues, guarda silencio respecto de su experiencia.

Por otro lado, la maternidad es una parte central del yo femenino y forma parte de sus pensamientos y objetivos en la vida, independientemente de si llega a convertirse en madre o no. En el ideal del yo de la mujer se construye la posibilidad de crecer para ser similar a la madre, de manera que ella también pueda tener un bebé y proporcionarle los cuidados necesarios. Sin embargo, el ideal del yo femenino es bisexual. Desde el punto de vista de Reenkola, el núcleo femenino del ideal del yo en la mujer consiste en tratar, por todos los medios, de ser la madre cariñosa, capaz de satisfacerlo todo, de la propia infancia. Asimismo, sobre todo cuando se convierte en madre, la mujer tiene que lidiar continuamente con los conflictos que surgen entre sus ideales masculinos, como el desarrollo académico y profesional, y la maternidad –o en su defecto la pareja-, sin llegar a encontrar una solución definitiva para ellos.

El superyó de la mujer es duro y severo, cruel en muchas ocasiones. La severidad del superyó puede limitar la posibilidad de que la mujer desarrolle su potencial en varias áreas de su vida, como su carrera, su creatividad, su sexualidad, su independencia, la expresión de sus

sentimientos agresivos. Chasseguet-Smirgel dice que el superyó femenino construye lo que ella describe como el 11º mandamiento, según el cual la mujer seguirá la ley del ser amado, el hombre o el niño, en lugar de seguir su propia ley. Para la niña es muy importante tener la aceptación de su madre y de las personas importantes para ella, lo cual la lleva “seguir la ley de otros”. Resulta muy difícil para la mujer reestructurar este mandamiento de manera que se dé cuenta que el complacer al otro no implica someterse a él, sino una decisión y un gusto, es seguir -en palabras de Chasseguet-Smirgel- “su propia ley” (Reenkola 2002).

En general, la mujer nunca puede cubrir la demanda de perfección de su ideal de yo, y como resultado siempre será objeto de vergüenza, culpa y sentimientos de inadecuación con respecto de la figura materna. La mujer proyecta fácilmente el ideal del yo femenino en los hombres, la sociedad, o el mito de la madre, para luego sentir que éstos le demandan el cumplimiento incondicional de sus deberes e ideales como madre, la realización del “pecho perfecto” (Reenkola 2002).

Para ilustrar lo anterior les voy a referirme a la experiencia de Tania, una joven que inicio tratamiento a los 30 años de edad, que asistió conmigo dos veces por semana por un periodo de tres años. Tania llegó a consulta sintiéndose desesperada y triste porque acababa de terminar una relación de pareja homosexual. Tenía planes de irse a vivir con su pareja, menor que ella, pero ésta finalmente decidió quedarse en casa y terminar la relación porque no estaba lista para comprometerse. Tania no tenía ningún inconveniente en referirse a sí misma como lesbiana, cosa que a mí me parecía extraña. No coincidía con mi experiencia de trabajo con pacientes homosexuales, quienes generalmente tienen dificultad en utilizar dichas palabras para referirse a sí mismos.

Por otro lado, Tania mantenía una mala relación con su madre, con quien entonces vivía, aunque en espacios separados. Se sentía constantemente criticada y humillada por ella, de hecho algunos de sus recuerdos infantiles son de francas agresiones. La madre de Tania tuvo tres hijos, dos mujeres y un hombre, de los cuales Tania es la mayor. Los tres son medios hermanos entre sí. El padre de Tania abandonó a la madre antes de que ella naciera por lo que nunca lo

conoció. El padre de la segunda hija abandonó a la familia después de un par de años, sin embargo, este hombre reconoció a ambas niñas como hijas suyas, por lo que las dos hermanas llevan el mismo apellido. Finalmente, la madre entabló otra relación de pareja con un hombre golpeador, con quien tuvo a su tercer hijo, pero de quien se separó tiempo después llevándose a sus hijas consigo y dejando al hijo varón bajo el cuidado de su padre.

Para Joyce McDougall (1998) una de las dificultades particulares de la sexualidad femenina es la integración del vínculo homoerótico y profundo con la madre, es decir, de lo que ella describe como los componentes homosexuales en la sexualidad femenina. En la fantasía inconsciente la niña quiere poseer sexualmente a la madre, tener hijos y ser amada por ella en exclusividad, en un mundo que excluye a los hombres; al mismo tiempo desea ser un hombre como el padre y tener las cualidades ideales que le atribuye. La niña, además, tiene la necesidad de oír de la boca del padre que él valoriza su feminidad y que la madre es el objeto de su amor, así como saber que la madre quiere y respeta al padre, y que valora la feminidad de su hija como la propia, en tanto mujer, como ser social y sexual. Este no es el caso de Tania a quien, por el contrario, la experiencia le enseñó que los hombres son poco confiables, abandonadores y agresivos y que, por la razón que sea, su madre no era lo suficientemente buena para retenerlos. Ello ciertamente le generó serias dificultades para amar a los hombres y para separarse de la madre.

La libido homosexual sirve, entre otras cosas, para enriquecer y estabilizar la imagen narcisista, a partir de la cual la niña puede renunciar a su deseo de poseer a la mujer para convertirse en mujer (McDougall, 1998). Tania refería que lo que más extrañaba de su relación homosexual era precisamente el sexo, ya que nunca había experimentado en su relación con los hombres el placer y la satisfacción que tenía con su partenaire mujer. Cabe mencionar que ésta era su primera y, hasta el momento, única relación homosexual. Sin embargo, Tania se sentía muy desilusionada porque con la separación se dio cuenta que es igual relacionarse con un hombre que con

una mujer: no se puede confiar en ninguno de los dos y te abandonan de igual manera sin que una entienda porqué. Le interpreté su relación homosexual como un intento de acercarse a su madre y de relacionarse con ella con amor y confianza; de recuperar a través de ella, el vínculo erótico, y bueno, con su madre que le permitiera identificarse con ella y convertirse en mujer. Así pues, esta relación homosexual le dio la confirmación narcisista que ella necesitaba para sentirse reconocida como individuo, apreciada y amada.

Aunque Tania identificaba su gusto por las mujeres desde la adolescencia tardía, mantuvo varias relaciones heterosexuales, la más duradera de 4 años con un hombre celotípico y agresivo con quien se comprometió para casarse porque estaba embarazada. Sin embargo, decidió interrumpir el embarazo y terminó la relación. Se practicó un legrado con conocimiento y apoyo de la madre. Durante el primer año de tratamiento se quejaba repetitivamente del insoportable dolor que mes con mes le generaba la menstruación, el dolor no cedía con hierbas ni medicamentos, ni con frío ni con calor. También expresaba el deseo de tener un hijo aunque en ese momento aseguraba que este tendría que ser adoptado. Le interpreté entonces el enojo con su cuerpo y su condición de mujer, que la forzaba a sufrir una parte esencial de su feminidad, que inconscientemente vivía como inútil. El aborto puede entenderse como el deseo de vengarse de la madre mostrando abiertamente que no quiere ser como ella y, al mismo tiempo, sufría el dolor que tal pérdida le produjo en la búsqueda ambivalente de su feminidad. El insoportable cólico menstrual era el castigo por la actuación de sus sentimientos agresivos hacia la madre y hacía el padre.

También trabajamos la representación devaluada que tenía de los hombres, donde queda implícita la agresión en contra del padre o de su representación interna. Después de que le hice notar esta circunstancia, Tania pudo establecer una relación de pareja con un hombre casado, con quien sin embargo podía compartir la intimidad de sus sentimientos y pensamientos sin sentirse avergonzada y vulnerable. También con este hombre fue capaz de experimentar satisfacción y placer durante el acto sexual, lo cual la hizo sentirse complacida consigo misma. Actualmente la relación ha terminado, no obstante, fue a partir de

ésta –y de la relación transferencial conmigo- que Tania logró cierto grado de identificación con las cualidades fálicas de la figura paterna retomando – entre otras actividades- su trabajo de titulación que tenía varios años de abandono. Es decir, en la transferencia Tania me pudo vivir como un padre presente que la ayudó a romper su vínculo con la madre, alejarla de sus “garras” y conducirla hacía nuevas oportunidades de crecimiento y desarrollo.

Actualmente ha restablecido contacto, gracias a su hermana menor, con el padre de ambas, que aunque no es el padre biológico de Tania sí es aquel que se considera su padre y que así se lo ha hecho sentir, mostrando un sincero interés por las cosas que le suceden. Me despierta ternura escuchar a Tania hablar de *su padre*, palabras que todavía le resultan difíciles de pronunciar, como una niña chiquita que se siente finalmente reconocida por su objeto de amor.

También ha mejorado la relación con su madre, en la medida en que ha podido reconocer sus impulsos agresivos hacía ella y, por lo tanto, vivirla menos persecutoria de lo que realmente es, reconociendo además su parte buena, libre e independiente. Para una mujer, consolidar el proceso de separación e individuación con respecto de la madre requiere de mucho esfuerzo. Mostrarse en desacuerdo con ella implica cierto monto de agresión y a veces rebelarse abiertamente en su contra. Sin embargo, el temor a perder el amor y el cuidado de la madre –o del objeto de amor- muchas veces interfiere y limita las expresiones agresivas de la mujer (Reenkola 2002).

Cuando Tania terminó su relación con el hombre casado se volvió a deprimir, tiempo durante el cual empezó a salir con un familiar homosexual y su pareja quienes la llevaban a antros gays para que conociera a alguien. Una noche, en un sitio predominantemente de varones, se le acercó un hombre a preguntarle qué estaba haciendo ahí, si ella también era gay. Ella se quedó pensando y -recuerdo que lo relató con cierto entusiasmo- le contestó que no, que ella era heterosexual, le gustaban los hombres.

Poco a poco Tania empezó a darse cuenta de que resultaba una mujer atractiva para los hombres, ya que éstos se detenían para mirarla cuando iba caminando por la calle. Uno incluso, la invitó a tomar un café, situación que le dio miedo y rechazó. Pero con el paso del tiempo fue así como conoció a un joven con quien se encontraba con frecuencia en la misma ruta hacia a su trabajo, le pidió su teléfono, salieron, establecieron una relación de pareja y meses después ella quedó embarazada. Tania suspendió tratamiento para tener a su bebé.

Este caso ilustra el proceso de integración de la experiencia femenina en una representación buena del self, tramitando los deseos y conflictos en relación con las figuras primarias. Separarse de la madre sin perder su amor y cariño, y reconciliarse con la figura paterna como un ser bueno y deseable. Esto le permitió *convertirse en mujer* en lugar de desearla, y concebirse a sí misma como una mujer-madre lo suficientemente buena como para tener un hijo propio y brindarle los cuidados que éste requiere.

Es mucho lo que una mujer arriesga si se muestra *insumisa*, primero con la madre y después con los hombres. Pero es indispensable reconocer los impulsos agresivos hacia las figuras primarias para poder integrarlos a la representación del self femenino. Sólo así podrá la mujer adulta tener el coraje para disfrutar su sexualidad, desarrollar su capacidad y gozar del éxito en distintas áreas de su vida.

Algunas consideraciones sobre sexualidad y género.

En un libro titulado *La sexualidad femenina*, cuya edición original en francés data de 1964, Janine Chasseguet-Smirgel hace una revisión de la teoría psicoanalítica que se había escrito sobre el tema, señalando su asombro ante algunas interpretaciones de los analistas que se referían a los temores de castración en sujetos masculinos como una respuesta a una “supuesta castración real de las mujeres y no a una teoría sexual infantil” a una construcción teórica desarrollada por Freud (Chasseguet-Smirgel, 1999:14). Lo que escuchaba a su alrededor no correspondía con la experiencia que su propio análisis le había permitido comprender. El tema de la sexualidad femenina ha sido uno de amplia

controversia en el movimiento psicoanalítico llegando incluso a representar una amenaza de escisión a mediados de los años 30. Chasseguet-Smirgel, llegó a la conclusión de que “la feminidad remueve en todos –analistas incluidos- conflictos profundos con la primera mujer que hemos conocido: nuestra madre, y con nuestra propia identificación con ella, cualquiera que sea nuestro sexo” (Chasseguet-Smirgel, 1999:18-19).

En un excelente resumen realizado por Montesinos sobre los estudios del género femenino, que para los que somos simplemente psicoanalistas y no estudiosos del género -como yo- resulta de suma utilidad, presenta los argumentos de las dos corrientes feministas más importantes en la actualidad: el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia. Ambas corrientes sostienen una conceptualización diferente de la identidad femenina, con sus respectivos matices. El feminismo de la igualdad propone recuperar para las mujeres los atributos y capacidades asignadas a la masculinidad, como los espacios prohibidos o condicionados para el género femenino. Se puede decir que esta es la corriente que comenzó a luchar en contra de la condición de opresión a la que se sometía –o se somete, aun hoy- a la mujer, por lo que ha mantenido como ideal el ser masculino. Por otro lado, el feminismo de la diferencia considera la existencia de una naturaleza femenina –y masculina- que coincide con las características que socialmente se les ha asignado a las mujeres, como la maternidad. Sin embargo, busca una forma de conceptualizar a las mujeres “que rompa con la identificación del ser mujer a través de atributos tradicionales, pero que al mismo tiempo no las identifique con atributos y cualidades masculinas, como pretende el discurso de la igualdad” (Montesinos, 2002:22).

Mientras leía estas líneas pensaba si yo debería de definirme dentro de una de estas corrientes, después de todo, hace muchos años, cuando un hombre a quien acababa de conocer me preguntó si yo era feminista, le dije que sí –como si eso quisiera decir algo de mí-. El auge del feminismo ha contribuido a que *lo políticamente correcto* se apodere de varias disciplinas incluido el psicoanálisis; hoy son numerosos los analistas –hombres y

mujeres- que se creen obligados a feminizar todos los sustantivos. Recuerdo que no hace mucho, en una conversación con otra analista que me interrumpió para corregirme cuando yo hice una referencia a mi hermana como *médico internista*, me dijo: es *médica, porque es mujer*. Tengo que decir que dicha observación me pareció francamente tonta ya que, desde mi perspectiva, la identidad femenina no está dada por una variación lingüística sino por la experiencia individual de cada mujer en el contexto sociocultural donde le tocó vivir. Entonces vinieron a mi memoria las palabras de una analista miembro de la sociedad psicoanalítica a la que pertenecía, que en alguna oportunidad comentó que ella se consideraba feminista porque hacía lo que quería, cuando quería y sólo si quería (Bueno, 2006). Esta me parece una mejor definición de lo que para mí significa ser mujer: ser como yo quiero ser. Una corriente ideológica no me dice quien soy ni qué es lo que debo de pensar o hacer, mi sentimiento de identidad esta definido por lo que yo pienso de mi misma. Una *a* no me define como mujer. Por otro lado, me parece que hombres y mujeres somos distintos, pero tenemos igualdad de derechos y oportunidades –y responsabilidades- en la sociedad en la que vivimos. Un argumento, quizá, simplista para los sociólogos, pero estoy segura de que ellos sabrán como enriquecerlo.

Ahora me permito exponer otro caso: Jazmín, una joven de 27 años de edad, madre de dos hijos, enviada a tratamiento por la psicóloga infantil que trabajaba con su hijo mayor en el ya mencionado centro de salud. Jazmín, una mujer realmente bonita, tenía serios problemas para controlar su agresión, gritaba y golpeaba a su hijo con frecuencia, y tenía serias discusiones con su esposo porque no toleraba la cercanía física con él y se negaba a tener relaciones sexuales. En la primera sesión Jazmín se mostró sumamente frágil, con dificultad para verbalizar sus sentimientos cuando de repente rompió en desesperación y llanto para contar la siguiente experiencia: alrededor de sus 20 años había asistido a una fiesta con unas amigas donde conoció a un hombre que le gusto mucho, estuvo platicando con él... y su siguiente recuerdo es que encontraba desnuda en una habitación sin saber donde se encontraba. Poco después llegó el hombre que había conocido, le habló con palabras dulces y tuvo relaciones sexuales con ella.

Después le dijo que irían a casa de sus padres para que recogiera su ropa y lo presentara con ellos porque –como ya habían tenido relaciones no la iban a querer en su casa- y entonces se iban a casar. Ella accedió y sumisamente hizo lo que él decía. Los padres, aunque sorprendidos, no dijeron nada ante esta situación porque el hombre se presentó con ellos y les afirmó que se iba a casar con su hija. Se llevó a Jazmín a la ciudad de Puebla –manteniéndola siempre sin dinero- la encerró en una casa donde fue abusada sexualmente por lo menos por otro hombre quien le dijo, además, que se fuera acostumbrando a ello. Después escuchó a estos dos hombres hablar entre sí y entendió que la habían llevado ahí para que trabajara como prostituta, y que tenían planeado enviarla al día siguiente a una ciudad fronteriza del norte del país.

No sabe cómo lo hizo, pero cuando escuchó que estos hombres se fueron, se las arregló para escapar de la casa y buscar ayuda. Pedía dinero prestado para regresar a casa pero nadie la escuchaba, hasta que se le ocurrió preguntar por la sede del grupo religioso al que ella pertenece, los Testigos de Jehová, donde finalmente encontró la ayuda que necesitaba. Después de contarles su historia, la acompañaron a la central de autobuses, compraron su boleto, le dieron dinero y después llamaron a casa de sus padres para avisarles que fueran a recoger a su hija a la estación. Jazmín trato de explicar que era lo que había sucedido, pero le daba vergüenza, se sentía tonta, y lo único que sus padres y hermanos entendieron es que ya no se había querido casar.

Cuando Jazmín terminó de contar esta historia, yo estaba furiosa. Me parece intolerable que se abuse de la inocencia y la ignorancia de las jóvenes para promover la trata de blancas en nuestro país. Con esta mujer también trabajé en psicoterapia individual cerca de un año con logros relativamente significativos en el manejo de su agresión y en su relación de pareja.

Si bien es cierto, como señala Montesinos (2002), que la mujer en México ha venido conquistando el espacio público, con logros importantes

respecto a la concepción y el manejo de su sexualidad y de su capacidad reproductiva, mientras existan casos como el de Jazmín, o como los de “las muertas de Juárez”, me parece que el movimiento feminista, el que sea, tiene mucho que hacer todavía en materia de educación sexual y de educación para la salud. Es importante brindar servicios de atención médica y psicológica a las mujeres que se encuentran en los sectores menos favorecidos de nuestro país. La discusión académica entre el feminismo de la diferencia y de la igualdad me parece que le brinda pocos beneficios prácticos a mujeres que como Claudia, Laura o Jazmín tienen que lidiar día a día con las experiencias de su pasado en la cotidianeidad de su presente.

La identidad de género es una experiencia subjetiva, una construcción individual y cultural. “El sentido que cada persona le da al género es una creación individual, de tal modo que hay muchas masculinidades y muchas feminidades... Que cada persona cree su propio género personal cultural implica la extensión de la idea de que el género no puede entenderse independientemente de la cultura” (Chodorow, 2003:87). Esto no implica en ningún momento una determinación cultural como la que defienden algunos estudiosos de las ciencias sociales que no comprenden a fondo la psicodinámica inconsciente de los sentimientos y las fantasías de cada sujeto. Tal es el caso del mismo Coler que en *El reino de las mujeres* sostiene que la ausencia del padre como una figura de autoridad cuestiona la universalidad del complejo de Edipo, como si éste fuera una construcción cultural determinada por los roles sociales, y no una experiencia intra psíquica producto de la representación interna que los niños tienen de la inevitable diferencia sexual y del vínculo afectivo que guardan con los adultos que los cuidan, hombres y mujeres. Después de todo, entre los Mosuo no deja de existir el tabú del incesto, ya que un hombre no puede tocar a la puerta de una mujer de su familia de origen (hermanas, tías, primas, sobrinas).

Ahora bien, con la presentación inicial del libro de Ricardo Coler no quiero decir que una estructura social matriarcal como la de los Mosuo sea mejor que a la que nosotros vivimos, sino simplemente que en ambiente donde la sexualidad femenina es valorada y respetada, donde no existe “la castración ni la envidia del

pene” -es decir-, donde no existe *la falta* en la representación de la subjetividad individual, la mujer no establece relaciones de dependencia esperando encontrar en el otro –el varón- lo que ella no tiene en su fantasía. Este sí podría ser un argumento en contra de la universalidad del complejo de Edipo, o mejor aún, podría ser un argumento a favor de la resolución del mismo. Sin embargo, el relato de Coler no nos brinda elementos para hacer afirmación alguna ni en un sentido ni en el otro, ya que no hace una descripción de la vida de los niños en esta comunidad.

A manera de conclusión.

Mucho del conflicto entre géneros se manifiesta en las relaciones de pareja. La constitución de la pareja es un proceso complejo, con fracasos y extravíos, donde el reconocimiento de la diferencia sexual y la renuncia a la omnipotencia infantil implican el establecimiento de una falta que en la vida adulta se pretende colmar con el amor de pareja. La relación entre un hombre y una mujer es un espacio donde se entrecruzan el amor y el deseo, un espacio cuyo principal desafío es encontrar un equilibrio entre la libido narcisista y la libido objetal (edípica). La patología surge entonces cuando se ama sin deseo o se desea sin amar (Milmaniene, 1998).

Sin embargo, la fusión que procura el amor es muy sensible a cualquier catástrofe ya que la presencia de la más mínima fisura delata que uno no se recubre totalmente en y con el otro, en la medida en que algo escapa a mi apropiación identificatoria. Por eso cuando la más mínima actitud del otro, revela su libertad, el sujeto se siente perdido para siempre, ello lo sume en la desesperación porque le recuerda que el abandono de la madre es factible y que siempre persiste la amenaza de la temida separación –tercero mediante (Milmaniene, 1998).

Esta dinámica es la que contribuye al establecimiento de relaciones de dependencia, donde se espera encontrar en el otro lo que uno no tiene. Una relación sentada sobre estas bases se dirige irremediablemente al fracaso. Esta es la dinámica además de una identidad no consolidada, frágil ante

cualquier circunstancia de cambio, porque se siente amenazada en su integridad y simple existencia. Es por ello que me interesa destacar la actitud de las mujeres Mosuo, que no esperan del hombre nada más que lo que encuentran, porque su valor como entidades individuales no depende del reconocimiento del otro. Esta es una cultura cuya estructura social favorece el establecimiento de una identidad individual y de género congruente con su experiencia.

La consolidación de la identidad implica asumir responsabilidad sobre las fantasías, sentimientos y pensamientos que caracterizan a cada sujeto en su singular patología narcisista, ya que sólo sobre la base de un proceso de diferenciación lo suficientemente realizado podrá cada uno de nosotros reconocer su necesidad de dependencia y de afecto, sin sentirnos amenazados por la cercanía con el objeto. Este es uno de los principales desafíos que enfrentamos en nuestra cultura, la necesidad de dependencia versus la necesidad de independencia y autonomía, sin embargo nos resulta muy difícil llegar a entender, tanto a mujeres como a hombres, que la una no excluye a la otra.

Cabe hacer entonces una distinción entre necesitar y desear al otro, dígase a la pareja. Necesitar implica la noción de castración, de falta, en la medida en que pienso que requiero del otro para que me de lo que yo no tengo, para sentirme completa. Este es el ideal del amor adolescente que implica la fantasía de fusión con el otro para alcanzar la sensación de completud, este es el “tu y yo somos uno mismo”. Esto sucede, desde mi punto de vista, cuando la identidad no se ha consolidado, bien porque está en proceso de construcción o por psicopatología. Por el contrario, desear al otro implica la *libre* decisión de querer compartir con el otro tiempo y experiencia, sin sentimiento alguno de incompletud porque el sujeto ha logrado la integración de un sentimiento del self claro e integro. Cuando el sujeto puede decir “yo soy”, y lo que no soy, no me falta. Si no hay falta, no hay necesidad.

Así pues, cuando la relación de pareja es una decisión y no una necesidad, la probabilidad de conflicto es menor en la medida que se puede tolerar la separación, porque la integridad del self no depende del otro. La constitución de la pareja implica el establecimiento de un vínculo que reconozca la libertad del sujeto

y que a la vez respete al otro en su irreductible diferencia. Una relación que no implique sumisión ni sometimiento y que permita desplegar los roles sexuales en su oposición diferencial, así como abrir el camino para la asunción de las funciones parentales (Milmaniene, 1998).

Por cierto, dejé sin contestar una pregunta planteada al inicio de mi ensayo. *¿Sabes por qué la ropa interior femenina tiene encaje?* La ropa interior representa literalmente “lo interior” de la mujer, su vagina, su sexualidad, su mundo interno. Lo íntimo que quiere ser visto, que quiere gustar: su feminidad. Aquella parte que como dice McDougall, necesita ser reconocida como buena, necesita de identificarse con una madre que valore su propia feminidad y sentimiento de ser mujer, que reconozca al varón como bueno y digno de ser amado, y un hombre, que reconozca la belleza de la mujer con cariño y respeto. El encaje adorna la ropa interior, implica un gusto por ser vista y el gusto de la propia mujer por su interior, gracias a un proceso de consolidación de la identidad en una unidad coherente y buena. La ropa interior femenina tiene encaje, *para que en caso de que se vea, se vea bonita.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Belli, G. (2008). ***Nueva Tesis Feminista***. Disponible en: <http://palabrasdepoeta-lemoinestar.blogspot.com/2008/07/nueva-tesis-feminista-gioconda-belli.html>
- Bueno, R. (2006). Comunicación personal.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). ***Varones. Género y subjetividad masculina***. Buenos Aires: Paidós.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1999). ***La sexualidad femenina***. Asociación Psicoanalítica de Madrid. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Chodorow, N. (2003). ***El poder de los sentimientos***. Buenos Aires: Paidós.
- Coler, R. (2005). ***El reino de las mujeres***. Buenos Aires: Joaquín Mortiz.
- Ensler, E. (2004). ***Los monólogos de la vagina***. España: Emecé Editores.

- Enslar, E. (1998). ***The vagina monologues***. London: Virago Press.
- Gaitán, A. (2006). Cuando intimar intimida. En ***Intimidad, Erotismo y Amor***, México: Textos Mexicanos.
- Grinberg, L. y Grinberg, R. (1993). ***Identidad y cambio***. Barcelona: Paidós.
- McDougall, J. (1993). ***Alegato Por Una Cierta Anormalidad***. México: Paidós.
- McDougall, J (1998). ***Las Mil y Una Caras De Eros***. México: Paidós.
- Milmaniene, J. E. (2000). ***Extrañas parejas. Psicopatología de la vida erótica***. Buenos Aires: Paidós.
- Montesinos, R. (2002). ***Las rutas de la masculinidad***. Barcelona: Gedisa.
- Reenkola, E.M. (2002). ***The Veiled Female Core***. New York: Other Press.
- Temperley, J. (2000). ***Las ideas de Klein sobre la sexualidad, con particular referencia a la sexualidad femenina***. En Los diálogos sobre Klein-Lacan. México: Paidós.